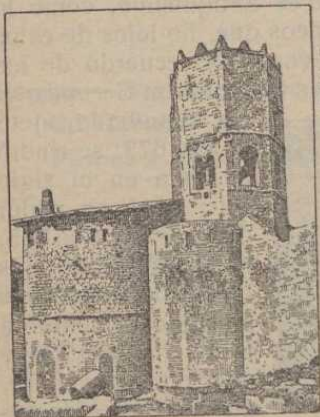


muchos miles de soldados, la historia de esta ciudad registra ya 23 sitios, asombrando siempre al invasor con los portentos de su heroísmo.

¹⁸⁰⁸ Durante la invasión napoleónica de 1808, se inaugura para la invicta ciudad otra época de martirio. Oigamos al Marqués de Gerona, el ilustre académico Eugenio Sellés, descendiente de aquel caudillo que conquistó la inmortalidad en estos muros venerandos: «Gerona fué, en verdad, una ciudad sagrada, con la doble consagración de templo y de cementerio. Su aire, cargado con el humo de la pólvora, olía a incienso de gloria; sus ruidos sonaban a oraciones por los muertos; eran sus hogares aras de sacrificio; sus piedras, huesos de héroes; su tierra, polvo de mártires: todo bendecido, todo asperjado con sangre y lágrimas. Y en el alma de su gobernador, Alvarez de Castro, se dieron cita todas las virtudes cívicas y militares de los días luminosos de la Historia.

»La bravura fué allí un contagio. Cuando apertillados los muros por los 200 cañones franceses, se taponaban sus brechas con masas de carne viva; cuando el hambre consumía a los gerundenses y los centinelas caían desmayados; cuando la peste postraba a pueblo y tropa, cuando dentro de la ciudad eran más los muertos sin enterrar que los vivos para enterrarlos, Alvarez de Castro, tan ambriento y enfermo como todos, tuvo más que fuerza corporal, fuerza de ánimo para gritar: ¡Hijos míos, a la brecha! ¡Más vale morir de balazos en ella, que de hambre en la ciudad!» Y él dictó, con una sola frase homérica, toda la táctica de los héroes, cuando, al ser preguntado por el jefe de un destacamento, a dónde se retirarían en caso de derrota, le contestó secamente «¡Al cementerio!», enseñando que el buen soldado no debe rendirse sino a la muerte.»



Gerona. — Torre y ábside de San Pedro de Galligans

En dos sitios se divide esta epopeya sublime: el primero fué en agosto de 1808. Dos mil veteranos y el paisanaje derrotaron a 8,000 franceses, que levantaron el cerco abandonando algunos miles